

(en caso de existir) por la historiografía. En este último aspecto a veces se echa en falta algún trabajo, algunos posteriores a su lectura de tesis y otras veces no (la ausencia, por ejemplo, del trabajo de Rucquoi de 1997 sobre la cultura del clero resulta chocante), aunque en general se ha actualizado bastante bien al contemplar en las notas la bibliografía aparecida con posterioridad a la defensa de la tesis. Aun así, en general se aprecia una falta de encuadramiento general de los temas: parece obvio que estas cuestiones no eran exclusivas del caso castellano, y habría sido interesante metodológicamente su presentación en un marco más amplio, desde el absentismo a las reformas monásticas, que luego hubiese permitido análisis comparativos.

El método descriptivo que utiliza puede, en ocasiones, resultar tedioso para el lector (pecado por el que pocos especialistas podrán tirar la primera piedra, y no estoy yo entre ellos). Sin embargo, resulta muy valioso para el experto, dado que puede encontrar rápidamente mucha información y casos particulares, y comprobar las amplias fuentes que maneja el Dr. Sánchez.

Los temas abordados son: el absentismo (atendiendo tanto al alto clero como al bajo, lo que no es muy habitual); la formación intelectual del clero (aquí no parece buena idea abordar el funcionamiento de

las escuelas catedralicias por la presencia de chantres o maestrescuelas, dado que habían devenido en una prebenda más, y el prebendado no se ocupaba personalmente de ellas); las agresiones al patrimonio eclesiástico; la restricción de la jurisdicción eclesiástica (por su propia intromisión en ocasiones); los excesos de miembros del clero (de todo tipo: morales, formas de vida...); abusos cometidos por laicos; el estado económico y material de algunas iglesias (tanto de sus rentas –con un gran catálogo de anexiones– como en el aspecto puramente físico); los conflictos existentes (tanto dentro de la Iglesia como con otros poderes); y la reforma de las órdenes monásticas (centrándose en aquellas de las que tiene información: jerónimos, benedictinos –sin diferenciar las diversas congregaciones–, franciscanos, cartujos y dominicos, así como las órdenes militares). Acaba el trabajo con unas conclusiones en las que repasa, uno a uno, los diversos apartados con los resultados que extrae tras toda la información volcada.

En conclusión, resulta, pues, un trabajo útil para acceder al periodo muy concreto que domina, en el que el elenco de información es muy amplio, sin dejar de lado un análisis sintético de los datos obtenidos.

Óscar VILLARROEL GONZÁLEZ
Universidad Complutense de Madrid

Sylvain GOUGUENHEIM

La gloire des Grecs. Sur certains apports culturels de Byzance à l'Europe romane (X – début du XIII siècle)

Du Cerf, París 2017, 410 pp.

Es un tópico dar por hecho que nuestra actual cultura occidental se apoya en tres fundamentos: el pensamiento griego, el derecho romano y la religión cristiana;

caracterizados a su vez por tres montes (Acrópolis, Capitolio, Calvario) o ciudades: Atenas, Roma y Jerusalén. En una época de crisis de civilización no viene mal revi-

sar los cimientos y certificar o criticar los datos admitidos. Sylvain Gouguenheim, doctor por la universidad de París Nanterre (1989) con una tesis sobre la santa renaana Hildegarda de Bingen y experto en las órdenes militares y la organización política del tiempo de las cruzadas, nos descubre aquí la contribución del mundo bizantino en la cultura europea de raíz latina en los siglos X y XI.

La presunción de los intelectuales auto-proclamados «ilustrados» hace doscientos años, había pretendido derivar la cultura europea contemporánea, directamente, desde la antigüedad clásica, sin documentar adecuadamente el brinco de mil años que los separa (apresuradamente descalificado como edad «media»), y sin analizar los datos de las culturas orientales europeas (griegas, semíticas y eslavas). El esfuerzo del medievalista Gouguenheim por revisar nuestro concepto actual de cultura, nuestra visión de Bizancio y sobre todo, su contribución imprescindible al desarrollo occidental, se sitúa en el loable esfuerzo de investigadores franceses de la talla de Rémi Brague (París, 1947) o Jacques Heers (1924-2013), que han demostrado los sucesivos «renacimientos» que colman ese hiato milenario y han denunciado los prejuicios anticristianos que llevaron a los «racionalistas» pasados a discriminar a los autores antiguos en razón de su fe. Solo historiadores, que no segreguen por razones religiosas, que no aislen los textos de los otros fenómenos culturales (arte, numismática, comercio), que no prejuzguen en función de los aplausos del momento, pueden «ilustrar» verdaderamente el futuro de una sociedad occidental, que necesita encontrar una meta común que justifique la aventura de la convivencia política.

Es necesaria esta premisa para entender el libro que reseñamos, pues el anterior estudio del autor, publicado en 2008, *Aristote*

au Mont Saint Michel. Les racines grecques de l'Europe chrétienne, desató una polémica tan poco científica como absurda (como se puede aún rastrear en Wikipedia). Sostenía Gouguenheim, después de analizar el trabajo del *scriptorium* de *Mont Saint Michel* y la difusión de sus manuscritos, que esta abadía normanda podía haber puesto en circulación por Europa las obras de Aristóteles traducidas al latín por Juan de Venecia entre el 1127-1150, con lo que caía por tierra la opinión común, que adjudicaba exclusivamente a los sabios musulmanes hispanos y a los traductores de Toledo la transmisión a occidente de la ciencia y la filosofía griegas. Se le ha acusado de basarse solo en obras secundarias y no en investigación propia, en ser islamófobo y deshonesto. Ciertamente puede haber exageraciones (no tiene sentido descalificar por principio el árabe como lengua vehicular o discurrir sobre meras posibilidades) como hay grandes aciertos (la dudosa fiabilidad de las versiones sucesivas del griego al arameo, de ahí al árabe, y de aquí al latín); lo que es inaceptable son las descalificaciones *ad hominem* sin argumentos históricos, el linchamiento social por puro prejuicio y la autocomplacencia con la que enseñantes no especializados en historia medieval azuzados por *Le Monde* (25-IV-2008) y *Libération* (30-IV-2008) atacan al ensayista especializado, como hicieran sus «padres» con Aleksandr Solzhenitsyn en 1974, y por la misma razón política, antes por ceguera comunista y ahora por rendición ante el islamismo. Mejor dejar fuera una polémica que debe estudiarse sin prejuicios, pues independientemente del progreso científico que pudieran tener los Omeyas cordobeses, el cierre de las «puertas del ijtihad» por el califa abasida en el siglo XI impidió en adelante todo desarrollo racional y científico que supusiera un reto con la sumisión religiosa al Corán (cf F. Peregrín [2002]

La ciencia árabe-islámica y su revolución pendiente: «Revista de libros» 63, 19-25) y su compatibilidad con los fundamentos de la democracia occidental está todavía lejos de demostrarse con los hechos.

De alguna manera *El esplendor de los griegos o las aportaciones de Bizancio a la cultura europea en los siglos X al XII* creemos que se sitúa en continuación académica con dicha polémica, aunque no haya alusión alguna a la misma en el texto. De hecho, lo delatan la presencia de dos anexos específicos, sobre la producción de manuscritos de obras clásicas, bien sea por parte bizantina en el renacimiento macedonio (Anexo I, pp. 113-118), bien sea por parte latina (Anexo II, pp. 271-284), así como la presencia imponente de una bibliografía especializada (367-407) y de numerosas y detalladas notas (pgs 293-366). Más de una cuarta parte del texto son así pertrechos académicos, aunque no comprendo la decisión editorial de situar las notas todas al final en lugar del pie de página, manía que creemos desfasada e innecesaria, además de incómoda.

El contenido del libro se estructura en tres partes: I. Bizancio y la Grecia antigua; II. Los factores favorables y III. ¿Cómo medir las influencias?, con nueve capítulos. Sin embargo, hay una lógica entre ellos: ¿Dónde estaban las obras originales? ¿Por qué transmitirlas? ¿Cómo y por dónde se transmitieron?

Bizancio fue no solo un museo del humanismo clásico griego sino su prolongación viva y orgánica, sin cuyas copias, comentarios y reelaboraciones, la humanidad actual no dispondría de la mayoría de las obras clásicas griegas. Así nos lo hace ver el autor: 1. ¿Griegos o bizantinos? 2. Un saber olvidado: olvidos, rechazos y permanencia de la cultura griega en Bizancio. 3. La sabiduría de transmitir los textos antiguos. 4. Un saber que se prolonga.

En la segunda parte, *los factores que han favorecido la transmisión*, estudia primero, el proceso de selección y asimilación de su propia tradición cultural que la sociedad romana oriental realizó a lo largo de los siglos por razón de abrazar la fe cristiana, oficial desde el 380 en su versión católica ortodoxa: 5. Cristianismo y cultura antigua: de «herencia discutida» a «patrimonio aceptado». A continuación, pasa revisión a la situación cultural del occidente en el cambio de milenio: 6. El mundo latino antes de año mil: el milagro griego.

Por último, la tercera parte, *La dimensión de las influencias*, implica los siguientes capítulos: 7. La lenta reapropiación de los saberes profanos. 8. Las influencias artísticas venidas de Bizancio. 9. El recorrido de los conocimientos.

Es interesante el repaso que hace el autor de los diversos ámbitos (la literatura, la traducción filosófica y científica, el arte mayor y menos, la numismática...) en los que se manifiestan transferencias del mundo griego al latino. Consideramos que en pocas ocasiones se estudia tan bien relacionados los campos de influjo cultural como en esta obra, en la que además van desfilando los polos de irradiación científica y las vías geográficas por las que puede documentarse el trasvase de conocimientos: mediante los viajes de los hombres, las copias de los manuscritos y el contagio de las ideas.

Complementa el volumen unas hojas centrales de ilustraciones de obras de arte de estilo griego en este periodo (siglo X al XII), que además de estar perfectamente editadas, hacen evidente la continuidad entre el arte bizantino y el clásico tanto como el cambio en los temas, ahora cristianos, y su proceso de depuración estilística.

En una valoración de conjunto, nos parece respetable el volumen de la bibliografía utilizada, acertado el criterio de estilo

redaccional y plenamente justificado el criterio de limitación cronológica.

Comienza el estudio desde la boda de la princesa griega Teófanos con el rey germano Otón II el 972, en el campo de interés del autor, y se limita hasta el 1204, año en el que la toma de la Nueva Roma por los cruzados y el consiguiente «imperio» latino supuso tal subversión de las relaciones entre oriente y occidente que no se repondrán jamás. Además, la creación, en este siglo, de las universidades en Europa, y la abundante circulación de los textos griegos traducidos a partir de versiones hispano árabes, hacen que en adelante se adopten otros métodos más directos y abundantes para comprender el siglo XIII.

Sobre el estilo académico adoptado por el autor se podría disentir quizá: la retórica a veces domina sobre el análisis, se prefiere poner ejemplos a revisar fuentes, y no se alcanza una disposición ordenada de los datos, lo que podría ir en perjuicio del rigor científico, si no se buscara, en cambio, ayudar a la divulgación y a la persuasión del lector culto, a quien parece ir dirigida la obra (cf p. 29). Ha decidido hacer una presentación atractiva y concreta de los estudios llevados a cabo por otros, pero integrando perspectivas, ámbitos y métodos complementarios. No pretende ser un volumen sólo para especialistas que implicaría llevar a cabo un estudio codicológico de los manuscritos, el manejo completo de obras de investigación y un acercamiento exhaustivo a los argumentos.

Nos parece justo indicar que el alcance de la obra es demasiado centroeuropeo, ignorando por completo la contribución de los reinos hispánicos, que en absoluto permanecen desvinculados de las aventuras franco-germánicas, aunque no necesiten cruzar el mar para hacer su cruzada: son

los años precisamente de la reconquista del Duero al Tajo, con la toma de Toledo y el culmen esencial de la cruzada hispánica con las Navas de Tolosa en 1212.

Sin caer nunca en la reivindicación, deja bien claro el autor, la miopía intelectual que ha llevado a dejar fuera de Europa, como si no fuera una de sus matrices culturales más importantes, la cultura bizantina, responsable directa de la formación lingüística, política, cultural y religiosa de al menos un tercio de la población europea actual, independientemente de cómo se valore la aportación indirecta y el influjo que a lo largo de la historia realizó al mundo latino. Igualmente, integrador es su criterio de no dividir los autores cristianos de los paganos, ni a la hora de citarlos como autoridad, ni a la hora de confrontarlos como testigos.

Se trata, en definitiva, en este ensayo, de valorar la deuda que podamos tener hoy respecto a la última civilización, históricamente unitaria, que reunió nuestros mismos ingredientes básicos (humanismo cristiano) y que Europa dejó morir entre 1204 (toma latina de Constantinopla) y 1453 (toma turca de la ciudad, transformada en Estambul). Así y aunque nada de esto se explicita en este libro, sin falsear la historia, se pueden plantear adecuadamente los problemas del futuro de nuestra sociedad y su resolución cultural. El autor nos invita, implícitamente a recorrer su mismo camino intelectual, y de la consideración del *Sacro imperio romano germánico*, como uno de los ejes centrales de la historia europea, nos lleva a descubrir el «sacro» *Imperio romano griego*, que es anterior en el tiempo, más amplio en el espacio, y más decisivo para nuestra historia actual, aunque no se lo quiera reconocer.

Eduardo TORRES
Universidad de Navarra